

ÍNDICE

Introducción	7
<i>Niñez y juventud</i>	23
<i>La Escuela de Ingenieros</i>	31
<i>Mis padres y hermanos</i>	39
<i>La Guerra Civil</i>	55
<i>La Escuela de Pilotos de Kirovabad</i>	65
<i>En la fábrica de Cheliabinsk</i>	81
<i>A estudiar a Járkov</i>	91
<i>A combatir contra los alemanes</i>	113
<i>Radio Film</i>	131
<i>Chile: 1947-2003</i>	153
Índice onomástico	171

LA GUERRA CIVIL

Yo fui el único que cuando el 14 de abril de 1931 se proclamó la República, presencié los actos de la Puerta del Sol, pues mi academia preparatoria estaba situada muy próxima, en la calle Arenal. Aunque la política no me atraía demasiado, los movimientos políticos que la siguieron me animaron a afiliarme al Partido Republicano Federal, fundado por Pi y Margall en el siglo XIX. Creía que era este el más afín a mis ideas, pero en mi memoria no queda el recuerdo de ninguna actividad concreta. En nuestras charlas familiares no había una preferencia por unos partidos o líderes concretos. Quizás mi padre sentía cierta admiración hacia Azaña, como político y escritor.

La política se había radicalizado mucho en toda Europa, aunque con mayor intensidad en España, donde el régimen republicano era reciente. Al mes de haberse proclamado la República, con alegría y sin ninguna víctima, la quema de iglesias agudizó las diferencias políticas y comenzó a aparecer miedo a la llegada del comunismo, establecido en la Unión Soviética hacía poco más de una década.

Los ideales socialistas y anarquistas se polarizaron. Y la crisis económica y los años del gobierno derechista y represivo¹³ enconaron más los ánimos. Luego, con el masón Azaña y su gobierno de izquierdas¹⁴, situado en el lado opuesto a los partidarios del fascismo, el capital y el clero, dividieron al ejército y al pueblo hasta el punto de hacer estallar una cruenta guerra civil. Mi familia pensó que la vida ya no iba a seguir igual y que había que definirse.

Mi posición política en aquel tiempo era liberal y tolerante. En los primeros meses de 1936 la intransigencia fascista metió las pistolas en las universidades y hubo algunos altercados graves. En protesta por los actos vandálicos,

¹³ Se refiere a la coalición de partidos de derechas y centro-derecha que gobernó entre noviembre de 1933 y febrero de 1936.

¹⁴ Es el gobierno del Frente Popular, vencedor en las elecciones de febrero de 1936.

unos doce estudiantes de mi Escuela escribimos un manifiesto que llegó a publicarse en la prensa. Esto me trajo la enemistad de los partidarios de Primo de Rivera, que eran un grupo bastante grande. Años después, en 1955, en el Club Náutico de Valencia me encontré con uno de ellos y me saludó muy amistosamente. Reconciliándose, me contó que yo estaba en las listas negras de los alumnos de ingeniería y que lo habría pasado mal.

En junio de 1936, recién terminado el cuarto curso de la carrera de Ingeniero Industrial me puse a trabajar en distintos proyectos aeronáuticos y a terminar lo que ya había empezado: el *Pou du ciel* (pulga del cielo), un diseño francés con un motor de moto y que construía junto a Luis Soria. Con Abelardo Rico proyectábamos un velero con motor descapotable ligero.



Figura 12. Fernando probándose el *Pou du ciel*. Verano de 1935.

Luis Soria, hermano de mi cuñado Arturo, tenía una edad similar a la mía. Fue un verdadero amigo, con quien pensaba volar el *Pou du ciel* que es-

tábamos construyendo, lo que nos impidió la guerra. Luis falleció como combatiente republicano en la toma de la ciudad de Teruel, en diciembre de 1937.

En esto estaba cuando empezó la tradicional rebelión militar, esta vez basada en las teorías nacionalistas y fascistas de procedencia alemana e italiana. A la sublevación le siguió el odio y exterminio de los disidentes, acusados de comunistas, rojos y otros adjetivos. Los asesinatos y las venganzas se propagaron en ambos bandos, con una diferencia esencial: mientras en el lado militar, jerarquizado, las autoridades eran responsables de tales actos, con los que colaboraban y a los que incitaban, en el otro lado las autoridades legales, con el poco poder que eran capaces de ejercer, trataban de terminar con las prácticas de los partidos anarquistas, comunistas y otros.

En esos días fui a ver a un amigo y compañero, hijo de Queipo de Llano, pero no lo hallé. Seguramente su padre, quien ya estaría conspirando en aquellos momentos, se lo llevó de Madrid a un lugar menos peligroso.

La noche del 16 de julio de 1936, día del Carmen, estuve en la Cuesta de las Perdices¹⁵ con unos amigos discutiendo la situación y enterándome de que el ejército en Marruecos ya se había sublevado¹⁶.

El 18 de julio lo vivimos en casa pendientes del receptor de radio, un «heterodino» que habíamos comprado meses antes. Diego Martínez Barrios, José Giral Pereira, Manuel Azaña Díaz y la Pasionaria, Dolores Ibárruri, tomaron la palabra.

El día 19 temprano, en mi casa de Alcalá, escuché el retumbar de cañones en la lejanía. El portal que daba a la calle se cerró para poder controlar la entrada al edificio. Después supimos que los ruidos procedían de la toma del Cuartel de la Montaña, primera victoria contra los rebeldes obtenida por el pueblo, al que suministraron armas.

Cada sindicato se creyó con autoridad para determinar a quién juzgar y cómo. Así aparecieron aquellos grupos armados que daban el «paseo» a quien sospechaban de fascista y, sin duda, algunos resentidos lo hicieron también por venganza. Por suerte, semanas después esto se calmó, y el gobierno y los sindicatos empezaron a tomar las riendas de la incontrolada situación. En ese periodo mataron en mi pueblo, Alcudia, a mi tío Joaquín, el único hermano

¹⁵ A las afueras de Madrid, en las proximidades de Aravaca.

¹⁶ En realidad, la sublevación militar dio comienzo a día siguiente, el 17 de julio.

de mi padre. No cabe duda de que su hacienda, sus actividades derechistas y algún resentido fueron las causas. No supe nunca detalles del suceso.

Mi afiliación al Partido Republicano Federal se había reducido a poseer el carnet de miembro y a pagar la cuota durante un corto tiempo. Pero ese carnet me sirvió para evitar una desgracia en la época de descontrol. Un día del verano de 1936 me llamó Paquita para comunicarme que una patrulla de obreros armados se había llevado detenido a su marido Miguel, y que le habían dejado la dirección donde lo habían conducido. Era en Santa María de la Cabeza, cerca de la estación de Atocha, en la acera oeste de la misma. ¿Qué podía hacer yo en este caso?, ¿ir a preguntar por él a esa dirección?

En fin, llamé a un amigo de mi padre, Lino, para que me acompañara, pues trabajaba de portero en un edificio del barrio Salamanca y yo sabía con seguridad que era miembro de la Unión General de Trabajadores. Yo poseía como única credencial de ser partidario del gobierno mi carnet del Partido Republicano Federal y supuse que ir acompañado de un proletario como mi amigo podía aumentar mi autoridad. Fuimos a la dirección que habían dejado los aprehensores y nos encontramos con una casa de vecinos típica de esa calle. En una silla de paja estaba sentado un obrero con un fusil en la mano. Al preguntarle por mi cuñado me contestó que, en efecto, allí lo habían llevado preso al haber sido acusado de fascista por los obreros de la fábrica de productos sanitarios donde trabajaba, y que se le iba a juzgar y a condenar. La condena en esos tiempos era el paseo; es decir, el fusilamiento a las afueras de Madrid.

Yo le indiqué que en verdad era posible que fuera de derechas, pero que a la vez era un magnífico profesional, y que la guerra y la revolución lo necesitaban en su trabajo. Se me quedó mirando y me contestó: «¿Sabes camarada?, algo parecido a lo que me estás diciendo lo leí en el libro de un ruso soviético». Era una novela muy comentada en aquella época, que también yo había leído: *Cemento*, de Fëdor Gladkov. Esto nos llevó a comentarla y a recordar su conclusión: que el director reaccionario era indispensable para que funcionase la fábrica y produjera el cemento necesario para la revolución proletaria. Tras esto me garantizó que en el juicio que se celebraría por la tarde iba a abogar por que le liberaran, y eso fue lo que ocurrió. Así fue como la lectura de un libro había salvado a un hombre.

En ese año yo ya debía estar en el cuartel, pero la suerte en el sorteo de mi quinta me liberó de hacerlo: se libraron los quintos con apellidos cuya letra inicial estuviese comprendida entre la letra P y el final. A mi padre le había ocurrido algo semejante en sus tiempos, por lo que evitó ser enviado a Cuba cuando se independizaba la colonia.

¿Qué hacer en esta situación tan anormal? Mi cuñado Arturo trabajaba en el recientemente creado Ministerio de Propaganda y necesitaba gente. Me ofrecí como cuidador y reparador de las máquinas multicopistas de aquellos tiempos: el mimeógrafo o «ciclostil», como lo llamábamos.

El Ministerio de Propaganda reclutó a infinidad de intelectuales y artistas, como Julián Marías, para hacer afiches y redactar cartas y documentos para ser enviadas a intelectuales del mundo como Albert Einstein o Carlos Chaplin.

Allí trabajé en un edificio que estaba situado detrás del Palacio de Hielo, que se había construido para ofrecer canchas de patinaje con hielo artificial¹⁷.

En el mes de noviembre de 1936, ante el asedio a Madrid por parte de las fuerzas moras de regulares y los tercios, el gobierno se trasladó a Valencia, y también el Ministerio con la mayoría de su personal. En Madrid quedamos un pequeño grupo, entre ellos Julián Marías, encargado de transmitir al gobierno las noticias de la jornada en la capital todas las tardes a las siete. Una de esas tardes estábamos Julián y yo solos en el edificio, él conversando con Valencia y yo acompañándolo, cuando la aviación franquista descargó sus bombas en el sector de El Prado. Mi primera reacción fue huir al sótano, pero me paralicé: ¿cómo dejar a mi amigo en un segundo piso cumpliendo su cometido, comunicado con Valencia con el teléfono en la mano, y yo huir? Me quedé mirándolo y dándole ánimo, mientras él explicaba a qué se debía aquel ruido que se sentía en el teléfono. El edificio temblaba pero no lo abandonamos hasta que terminó la misión. Nos miramos y nos quedamos en el sitio, a pesar de que las ondas expansivas de las bombas retorcían las ventanas y puertas. Esta anécdota se la recordé a Julián Marías en una carta de felicitación que le mandé cuando en la Transición el rey lo nombró senador. Le decía que para mí el Julián que yo recordaba era el compañero de trabajo en el Ministerio de

¹⁷ La oficina del Servicio Español de Información estaba situada en el número 6 de la calle del Duque de Medinaceli. Centro Documental de la Memoria Histórica, PS Madrid, 1142, 37. El edificio del Palacio de Hielo y del Automóvil, situado en esa misma calle, había dejado funcionar como tal en 1928, pero todavía se le conocía por ese nombre.